

## La Baraja de Waldo Rojas

43

### Poesía Continua

Waldo Rojas. Editorial Universidad de Santiago, Santiago, 1996. 138 páginas.

por Ana María Larraín

**F**IGURA prominente de la literatura de los años 60, Waldo Rojas ingresó al variado universo de nuestra lírica con su libro *Príncipe de Naipes* (1966), al cual pertenecen algunos de los buenos poemas de esta antología. Inserto en la tradición como Oscar Hahn y otros de sus generacionales, Rojas ha sido de los ubicados que piensan que "el poema vale más que el poeta". Desde esta perspectiva cumple él la función de sacarle brillo a la opacidad de las palabras, teniendo presente ante sí una temática ciertamente compartida: el rescate del hombre y las cosas a la devastación producida por el tiempo o la muerte.

*Poesía Continua* que va desde la edad de la inocencia —poblada de peces y agua, de aves y otros vuelos significativos— a la vivencia prohibitoria del sexo inicial —que olvida nombres pero no rostros—, aparece también en este recorrido amfónico la imagen de la ciudad sitiada, asolada por la violencia. No hay aquí más asidero que el lenguaje, "ojos sin más aecho" y "párpado desmantelado". Y es que su escritura, alimentada por la sugerencia del misterio, dice de existencias situadas más allá y de cotidianidades que, siendo de esta orilla, son siempre distintas en una mirada lapidaria.

Poesía, esta, que habla cada vez con mayor fuerza de la inexistencia de una realidad que se hace acto por la palabra, no extraña el intento por capturar el devenir derruido en la memoria innombrada. El verso punza y hiere, "soberano en su desolación". Algo recuerda a Borges en esta pluma lejana; tal vez la formulación y el inicio de algunos de sus poemas ("no te pondrás dos veces a cobijo en el amparo", que recuerda el poema *Laberinto*), tal vez los ecos de una urdiembre rítmica y simbólica en ciertas imágenes como "Tejida de Laberinto y de Intemperie/ la noche, templo y cadalso, desata los perros/ y vacía los espejos".



Es posible, no obstante, que el mayor interés de este trabajo tenga relación directa con una aparente paradoja: es como si la transparencia de estos versos que suenan y hasta titilan igual que el cristal de las copas viejas se pusiera de manifiesto justamente por la hondura —insondable— de las realidades que toca. Siendo un poeta de gran fuerza expresiva, Waldo Rojas ha sabido, sin embargo, labrar el verso medida por medida a partir del silencio y para llegar a él, "convidado de piedra de sí mismo, el último en la mesa."

Nada de ello sorprende, claro, si consideramos que somos "nacidos más para el vuelo que para el arraigo" y que mantenemos "la vista en la altura, con aquella

### Texto Escogido

#### Príncipe de Naipes (Fragmento)

Helo aquí, barquiembotellado en la  
actitud de su gesto más corriente,]  
es el soberano de su desolación,  
sus diez dedos los únicos vasallos.  
Silencioso como el muro que su  
sombra transforma en un espejo,]  
nada cruza a través de la locura  
de este príncipe de naipes,  
este convidado de piedra de sí  
mismo, el último en la mesa]  
—frente a los despojos—  
cuando ya todos se han ido.  
Aquí se detuvo la soledad de la  
adolescencia con un fuerte silencio]  
retumbante,  
y aquí yace él sobre sus ojos como el  
único brillo:]  
un Arlequín de Picasso, se diría, pero  
menos sublime]  
y con la espada de Darnocles en la mano.

extraña nostalgia del/ fruto recién desplomado al pie del árbol".

No es la nostalgia, por cierto, la más ausente de sus preocupaciones, pero sí suele ser la negación repentina una suerte de afirmación del mundo y, además, la otra cara del miedo. La coherencia total con que los diferentes elementos actúan en estas aguas sorprendidas "en pleno estado de la palabra" hacen que la bella propuesta de Rojas, a lo largo de 30 años de su quehacer poético, merezca ser leída, revisada y gozada. Con esa fruición extrañamente serena con que se goza, después del eclipse, el mar, otra certeza ajena pero también "inamovible".